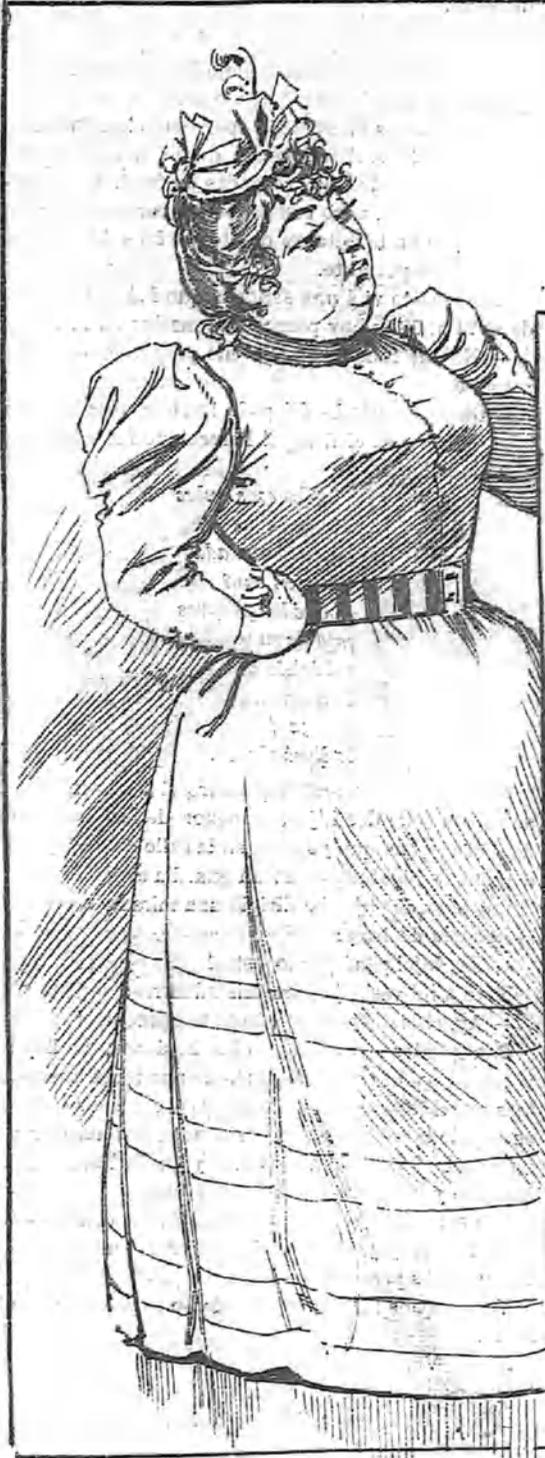


Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

CONTRASTES



Así se gustan á usar las mujeres á los quince años.



Y así se gustan á uno á los sesenta.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¿De quién huyes?, por Eduardo Bastillo.—El domador, por Ricardo J. Catarineu.—La familia Ferrini, por Eduardo de Palacio.—Cloe, por José Estremera.—Dos cartas húmedas, por Juan Pérez Zuñiga.—Lucha de clases, por Luis González Gil.—El tren gallego, por Sinasio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Contrastes.—Los embusteros.—Anuncios, por Cilla.



Desde Vigo.

Por fin te vuelvo á ver, ¡oh patria mía!
encantado verjel de gayas flores,
rinconcito feliz, que fué algún día
la mansión celestial de mis amores, etc., etc.

Esto escribía yo hace algunos años, refiriéndome á Vigo, la *perla de los mares*, como le llaman los gallegos, excepción hecha de los pontevedreses, que siempre han visto á la bella ciudad con malos ojos.

Entonces era yo un poeta triste, con versificación quejumbrosa y mirada de perro de aguas. Hallábame en la época de la languidez y los amores contemplativos y estaba en relaciones con una chata, que no hacía más que beber vinagre y depositar en mis manos mechones de pelo impregnados de aceite de bergamota. El aceite se ponía rancio y no había dios que pudiera soportar aquel perfume; de manera que yo tiraba un mechón todas las semanas, no sin besarlo antes con deleite. Por fin á la chata le salió otro novio chato también, pero con la carrera de perito agrónomo concluida, y ella me puso de patitas en la calle. La mamá me tenía afecto, y fué y me dijo:

—Á mi niña lo que la conviene es casarse pronto, porque se está pasando y, si perdemos esta ocasión, Dios sabe cuándo se nos presentará otra.

—Sí, pero ese matrimonio me traspasa el alma cual si fuera una flecha—dije yo con mi natural frenesí romántico.

—Pues no hay otro remedio. Hágame usted el favor de irse.

Y al hablar así, la mamá despiadada me dió un metido en un costado y me condujo hasta la escalera.

Este golpe produjo en mi alma profunda sensación y comprendí entonces que mi pueblo no era tan «celestial» como yo me había figurado. Quise borrar aquellos versos, escritos en época más feliz, y no pude, porque ya figuraban para siempre en la colección de poesías locales que conserva el ayuntamiento en sus archivos.

Resulta, pues, que yo tengo un motivo poderoso para maldecir á Vigo, donde existe la chata infame que mató mis ilusiones uniéndose al agrónomo; pero, al fin y al cabo, en Vigo vi la luz, allí se abrieron mis ojos á la luz de la razón, allí se meció mi cuna... y á Vigo he vuelto hoy, después de una prolongada ausencia.

Para llegar hasta aquí, procedente de Portugal, he tenido que padecer la conversación de un compañero de coche que se dirigía á Mondáriz y me contó cómo había contraído su enfermedad y dónde sentía los dolores y de qué medios pensaba valerse para conseguir alivio.

—Á mí lo que más me molesta es el bazo, porque se me hincha en cuanto como fruta. Además tengo delicado el hígado, y lo que voy á hacer en Mondáriz es encharcarme bien el estómago y distraerme todo lo posible, porque á mí la soledad me mata. Cuando no tengo con quien hablar, no hago más que escupir y me debilito. Aquel hombre era una máquina de hacer palabras, y en cuanto

me veía próximo á desfallecer y con los ojos entornados para dormirme, me daba en la cabeza con un abanico, diciendo alegremente:

—¡Eh! ¡No se duerma usted! ¡Pues no faltaba más!

En todas las estaciones echaba pie á tierra, aunque no hubiese más que un momento de parada, y volvía á subir al coche jadeante para reemprender la conversación y quitarme el reposo á fuerza de abanicazos...

Al llegar á Tuy le registraron el baúl, y el hombre armó un escándalo porque el carabiniere trataba la ropa blanca con poca delicadeza.

—Coja usted con más cuidado esos calzoncillos—gritaba furioso.

—No me arrugue usted esa elástica. Doble usted mejor esa camisa. Cuidado con ese pañuelo.

Cuando me vi libre de aquella calamidad en forma de viajero, respiré con satisfacción; pero hoy se me presenta en sueños y todas las noches aparece en mi alcoba con el abanico en la diestra, dispuesto á reanudar la interrumpida conversación y á contarme cosas del bazo.

Vigo continúa tal cual lo dejé hace tiempo.

Lo único que ha cambiado ha sido la faz de sus habitantes. Los que eran bellos el año 87, aparecen ahora deteriorados y con los ojos mortecinos. Las jóvenes de mi tiempo se han convertido en respetables matronas, cargadas de familia, ó bien permanecen en estado honesto, pero con todos los caracteres de las ciruelas pasas.

Á la que no le falta un diente, le falta la tersura de la tez ó otra cosa más importante.

En el teatro vi á una señorita que fué encanto de los salones desde el 74 al 88, y hoy parece una merluza á la vinagreta.

—¿No me conoce usted?—me preguntó.—Soy Gumersindita Farrapeiro.

—Dispense usted—dije.—la había confundido con su mamá.

—¿Cómo pasa el tiempo! Parece que fué ayer cuando cantábamos aquella habanera:

*¡Ves esas nubes
encapotadas
que amontonadas
á verten van?
Entre los pliegues
¡ay! de su manta
mi triste canto
te llevarán,
¡ay!
te llevarán...*

Entre los concurrentes al teatro vi á mi exchata en compañía de su esposo y de dos hijas, la menor de las cuales es el vivo retrato de una patrona que yo tuve en la calle de Jacometrezo, fea como un demonio y bigotuda como un guardia civil.

La chata, madre, me dirigió una mirada de conmiseración, como si quisiera decirme:

—¡Ay, hijo! ¡Qué pocho estás!

Y yo á mi vez dije para mis adentros:

—¡Ay, chata! ¡Qué putrefacta te encuentro!

Para perder por completo las ilusiones, no hay nada mejor que volver al pueblo natal después de una larga ausencia. Aquellos rostros marchitos, aquellas tablas de pecho sobre las cuales ha pasado su cepillo la mano de la Providencia, nos hacen ver claramente que no transcurven en vano los días y que la humanidad es materia deleznable y polvo ruin y flor de malvas.

¡Pensar que «yo he amado á la chata» como un demente!

¡Cielos! Huyamos de Vigo, que trae á mi memoria la pérdida juventud y los pasados placeres.

Volvámonos á Figueira, donde no existe más que la idea del presente.

Adiós, Vigo; adiós, chata.

Que es como si dijéramos:

¡Adiós, juventud! Adiós, ilusiones!

LUIS TABOADA.

¿DE QUIÉN HUYES?

Yo no sé cómo te diga lo que tengo que decirte, para que tú no te ofendas ni ofendiéndome repliques.

Porque sorprendí el secreto del colmo de tus delicies, siendo de vista tan corto quizás me tengas por lince.

Por brujo tal vez me tomas,
y esto de orgullo me sirve,
aunque el nombre no merezca
por lo que de ti adivine.

Nabes velaron mis ojos
y hoy cataratas me alligen,
y no veo bien tus formas
aunque *al desnudo* las vistas.

Mas veo claro tu fondo
y á veces hallo muy triste
que tanto por dentro llores
cuando más por fuera ríes.

Por ocultar tu secreto
á aquellos que más quisiste,
con lisonjas los engañas
ó los aturdes con chistes.

Lo sé todo: á mí no puedes
ni engañarme ni aturdirme,
y huyes hasta de mi sombra
como de un juez inflexible.

Tú dirás: «Este es el único
que de *ello* me habla y me escribe;
con no leerle ni hablarle
de mí vergüenza estoy libre.»

Si lo sé todo: y tú esperas
que, con no verme ni oírme,
has de disfrutar tranquila
del torpe goce del crimen?

Tranquilízate, si puedes;
desde hoy logras lo que pides;
no verás ya ni mi sombra
ni oírás de mi voz el timbre.

Mas yo, ciego, te vi un día,
cuando verme no pudiste,
sola, caída, humillada,
cual flor que á un golpe se rinde.

Hablabas conmigo misma,
sin que pudieran oírte
más que Dios y tu conciencia
y el que hoy de ti se despidió.

Va se va el brujo implacable,
aquel de quien más haiste,
éste á quien, siendo tu amigo,
como á enemigo maldices.

Se va el que *todo lo sabe*;
sola quedas, mas no olvides
que, por saberlo tú todo,
de ti misma huyendo vives.

EDUARDO BUSTILLO.

EL DOMADOR

Así me dijo el domador un día
(y, si ello no es verdad, no es culpa mía):

—De Africa entre los vastos arenales
hallé un oasis lleno de baobales,
donde una gruta, en sombra generosa,
contra el rigor del sol defensa ofrece,
y, por lo perfumada y misteriosa,
á todo el que la pisa le parece
el camarín de una mujer hermosa;
el musgo viste la pared de gala
y á la esmeralda en el color igual;
flores azules, en diversos giros,
copian la brillantez de los zafiros,
y bajo los ramajes,
bordados en el techo como encajes,
en el centro del muro hay una fuente
de agua tan transparente
como el cristal bruñido
y que, al caer, le imita en el sonido...
¿Quién, viéndote una vez, nido de amores,
quién hay que con delicia no recuerde
de tu recinto verde
la frescura, la sombra y los rumores?...

Como la gruta vi tan bien dispuesta,
para gozar allí paz absoluta
fui muchas veces á dormir la siesta;
pero una tarde, cuando entré en la gruta,
hallé en ella tendidos
á una leona y á un león heridos;
y, en cuanto con el agua de la fuente
lavé sus llagas cuidadosamente,
me miraron los dos agradecidos;
y así, desde aquel día,
vivimos en amable compañía.

Pero, como el león y la leona
se hallaban entregados
al amor, que con flores aprisiona,
yo hice el número tres, y en mis cuidados
pensé que, sin disputa,
lo más cómodo era
buscar una mujer que me quisiera,
encontrarla y llevármela á la gruta...

Cuando el león y la leona vieron
á la mujer, al punto encarnizados
destrozarla en sus garras pretendieron,
pero al hablarles les dejó humillados;
pues, como la experiencia justifica,
la música á las fieras domestica...

Las dos parejas, en pasión rivales,
cantábamos á coro los ardientes
himnos de los placeres terrenales;
pues al cabo el amor nos hizo iguales,
si la naturaleza diferentes.

Y en mis brazos la hermosa,
soñando idilios de color de rosa,
tan feliz parecía
que fui dichoso viéndola dichosa;
y á veces mis delirios compartía
ó á veces nos quedábamos mirando,
abstraídos en vagos pensamientos,
á las fieras, que estaban disfrutando
la verdad de un amor sin juramentos...

Como era natural, fué la primera

que á las citas faltó mi compañera;
sólo el león y la leona, unidos
sin cesar, se arrullaban con rugidos;
y yo allí, sin descanso y sin fortuna,
del dolor asomándome al espejo,
más triste que la luna
y más avergonzado que un conejo,
¿qué iba á hacer en las fiestas amorosas
de aquellos dos leones abrazados?...
¿Dónde hay fieras dichosas,
están de más los hombres desgraciados!

—Y á un domador ¿hay seres
que se atrevan á darle desazonos?
—Sí; yo he domado tigres y leones,
¡pero no sé domesticar mujeres!

RICARDO J. CATARINEU.

LA FAMILIA PERRINI

Las hay que repiten, como la cebolla y los pimientos riojanos.
Familias de esas gimnásticas ó ecuestres ó «simplemente artísticas», que decía un crítico que maneja *la* idioma con el mismo ensañamiento que si *la* conociera, y le hubiese causado algún perjuicio.

He conocido y tratado á una familia artística, notable.
El padre tocaba el violín, ó le «hacía quejarse», y declamaba.
La madre, ó sea esposa del anterior, cantaba de mezzo, y hacía que rabiase el marido.

Un niño escamoteaba y solía ejercitarse en el salto mortal casi de necesidad para los muebles de la casa.
Una niña era actriz y tiraba las armas; otra bailaba dos ó tres géneros y componía cositas de verso.

Y así sucesivamente.
Aquello no era casa; era un manicomio, y no modelo.
Una se enjuagaba con una romanza, otro afeitaba una sinfonía en el violín, otro se lanzaba al espacio desde lo alto de una mesa y caía sobre su hermana, que estaba castigando una redondilla.

Y otro de los hijos daba los últimos toques á un lienzo representando un paisaje, que más parecía una perdiz estofada, en un plato de Talavera, mientras otra muchacha, hermana del artista y artista (de suyo también, estaba «haciendo sola la alta comedia» en el comedor.

¡Qué alegría en aquella casa!
Cada cual tenía sus amigos y su mundo, por decirlo así.
Y no podían entenderse ni hablar unos con otros siquiera, por la diversidad de gustos y aficiones.

Por lo demás, se apreciaban mutuamente, aun en mucho más de lo que valían.
—Papá—decía uno de los hijos—es el Damocles de los violines.
Por cierto que aún no se ha sabido lo que quería decir el chico en su entusiasmo filial.

—Para bailar en cualquier idioma—sostenía en su turno el padre—nadie como una de mis niñas, y la otra para tirar y...
—¿Para tirar de la primera?—preguntaba algún guasón.
No se podía frecuentar la casa sin precauciones.

Hasta los criados eran artistas.
Uno «edificaba» (según él) botillos y zapatos, de añicón.
Otra era peinadora y tiple de cante.
Allí todos eran artistas y vivían para el arte, aunque no por el arte.
Dejé de verlos algún tiempo, y una noche, después de dos años, encontré á todos los miembros de aquella familia en el Circo de Price ó de Parish.

No creía á mis propios ojos.
Leí en el programa el número correspondiente, y decía:
«Juegos malabares, ejercicios sobre el tapiz, excéntricos, musicales, saltadores... Familia Perrini, sin rival en el mundo. Hijos del Niágara.»

—Pero, señor, si aquél es D. Homobono: si le conozco lo mismo que si le hubiera «dado á luces.» D. Homobono enharinado como para freírse á sí mismo. ¡Cielos! ¡Y aquélla es su esposa disfrazada de india! Y aquél es Isidro, su indio bravo... ¡digo, su hijo!...

Y, ya convencido, rompí á «tocar las palmas» á la familia Perrini.
Al retirarse por cuarta ó quinta vez, después de otras tantas llamadas á la pista, por supuesto, el padre Perrini, saludando con ambas manos, se fijó en mí, ó me lo pareció por lo menos.

¡Pobre D. Homobono!
Hecho un mamarracho.
Y ella! ¡D.ª Amparal con aquel talle universalmente celebrado por su desabogo, y aquella fisonomía expresiva, y aquellos ojos como dos agujeros en una olla.

Y las pobres niñas...

Al año siguiente se anunciaba en el Circo de Colón la familia Roskoffff (á f por miembro de ella).

Unos trabajaban en el slambre, otros en el trapecio, otros entre mar y cielo, según los carteles.

Vestían de cosacos del D. Fulano.
Estas familias, compuestas de personas de diversos apellidos y castas, me divierten.

Porque en literatura menor también hay familias; pero, vamos, son legítimas, al parecer.

Audi á ver la presentación de la gran familia Roskoff ó Rosbedr, según se quisiera pronunciar.

El jefe de la tribu salía disfrazado de argelino y rodeado de fieras.

Eran él, D. Homobono, y su familia.

Los Roskofffes!

Así es que, en cuanto veo anunciada alguna familia, pienso:

¿Será ella!

¡Digo! ¿Serán ellos?

EDUARDO DE PALACIO

CLOE

—No viste nunca pñ Cloe!
aquel gentil mancebo
que á la derecha mano
del bosque tiene un huerto;
que colma cada estío
las trojes del granero
y que cabras y ovejas
puede contar por cientos?
¿No viste que es gallardo?
¿No viste que es apuesto
y que sus lindos ojos
son abreviados ciclos,
que las zagalas corren
para mirarse en ellos
y, si él las mira, todas
se mueren de contento?
Cuando con honda tira,
¿as viste qué certero?
Jagando al disco, el suyo
es el que va más lejos.
Y cuando monta un potro,
corre á la par del viento
y un centauro parece
según va de bien puesto.
—Todo cuanto me dices
por innegable tengo;
el mozo de quien hablas
es ágil, rico y bello;
mas, si verdad te digo,

con la razón no advierte
de que quisiera ahora
contarme todo eso.
—Tú eres la mejor moza
que estas praderas vieran;
de rosas y de nieve
parece que te han hecho.
A ti sola entre todas
te adora ese mancebo,
y que tierra le escuchas
sus amores desno.

—Ya bien le escucharía,
por complacerte al menos;
pero están mis uñores
en otra parte puestos.

Por el bosque va un sátiro
de retorcidos cuernos,
de ojos sin luz ni vida,
de enmarañado pelo.
Las ovejitas huyen
asustadas al verlo,
porque es el tal un monstruo
horrible por lo feo.
A su lado va Cloe
amorosa diciendo
con sus hermosos brazos
del monstruo horrible el cuello.

JOSÉ ESTREMER.

DOS CARTAS HÚMEDAS

I

(Del inquilino al casero.)

«Señor don Blas Colomer.
Muy señor mío y casero:
La vecina del tercero,
doña Flora Zapater,
desde que empieza el calor
se baña sobre mi cuarto.
Y crea usted que estoy harta
de sus baños; sí, señor.
En su estancia doña Flora
un artesón ha instalado
que está tan desvencijado
como su dueña y señora,
y á mí me irrita, de veras,
ver que mi techo se cala
y que se llena la sala
de multitud de goteras.

En mi oído causan daño
los pasos del aguador;
el ruido ensordecedor
del agua que llena el baño;

los gritos de la vecina
cuando siente el agua fresca
y, sobre todo, la greca
que mueren en la piscina

la endiablada nadadora
y su esposo... ó lo que fuere.
Yo quiero que usted se entere
del trájín que traen ahora.

Imitan el movimiento
del oleaje á patadas;
las olas avergonzadas
se salvan al pavimento,

y la tarima está rota
y el techo está ya ruinoso,
y yo, que no soy gotoso,
sufro el rigor de la gota.

Esto, señor Colomer,
me tiene de mal humor
y me quejo, sí, señor;
no me puedo contener.
No sea usted, pues, apático;
tome en cuenta mi deseo,
y si manda usted á paseo
á ese matrimonio acático,
sepa que se le darán
las gracias por el favor,
y mande á su servidor
que besa su mano

Juan.

II

(Del casero al inquilino.)

«Amigo don Juan: Ayer
vi su queja y la hallo justa;
pero aunque á mí me disgusta
no poderle complacer,
que quiera usted ó que no,
se tendrá usted que aguantar,
pues quien se suele bañar
con doña Flora soy yo.

Más largo no puedo ser,
porque el artesón me espera.
Disponga usted como quiera
de su amigo

Colomer.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LUCHA DE CLASES

(CUENTO)

Valiente marimorena se había armado en la Ronda de Embajadores. De una parte los del barrio, y de la otra los *silbantes* del Noviciado, dirimían á pedrada limpia antiguos resentimientos de indumentaria. El imperio de la fuerza había establecido su dominio sobre un kilómetro de terreno, y no había pacífico transeunte ni agente gubernativo que pretendieran inmiscuirse en la contienda. Bien peleaban los *granos* con hondas de *espiguilla*, duras y vibrantes, que lanzaban piedras á una distancia inverosímil y con mate-

mayor precisión! Los del Noviciado, menos prácticos en el uso de este arma, pugaban por caer sobre sus contrarios y entablar cuerpo á cuerpo la lucha en que esperaban salir ventajosos. Y para que la semejanza con un campo de batalla fuese completa, tremolaban en los bandos respectivos los estandartes rojo y blanco, emblema que en las dos demagogias sociales.

Poli, el hijo del *Rufo*, zapatero remendón popularísimo en el distrito, acertó á pasar por la Ronda en aquel momento. Iba marcando un paso doble que tarareaban sus labios, la mano izquierda hundida en un bolsillo del pantalón y la derecha llevando el compás mientras agitaba en el aire un par de botas perfectamente embetunadas y recosidas; cómo que acababan de salir de manos del *Rufo*!

Poli vio la pedrea y se paró de repente, como un recluta á la voz de ¡alto! «¿Leñe, si él pudiera!» Si el *Rufo* no estuviese sin comer, esperando los tres reales de la compostura...

Sin embargo... Poli sabía muy bien que tenía obligación de ayudar á los suyos. Su padre le había dicho muchas veces: «Esos señores son los que nos soban. Hay que darles *cutie*!» Y el muchacho había adquirido aquel odio de raza, con gran contento del *Rufo*, que consideraba á su hijo grande como Puelieta, y si no le tenía por un *Graco*, culpa era de su ignorancia de la historia.

Poli habíase aproximado inconscientemente al sitio de la lucha; y no era floja la que él tenía por dentro! ¿Qué haría? ¿Se enfadaría su padre por la tardanza? ¿No era la causa justa? ¿Sabe Dios lo que Poli hubiera acordado sin un acontecimiento importantísimo y trascendental para su vida!

Sucedió que los del Noviciado, hartos de una lucha á pedrada limpia en que sus contrarios adquirían ventajas, se lanzaron sobre ellos como un alud, descargando puñetazos y puntapiés con todo el vigor de sus músculos excitados. Firmes en sus piteos resistían los buros el ataque homérico de los *silbantes*, pero quiso el hado que un grandullón arrebatase el estandarte de los *granos*. ¡Aquel trapo rojo, símbolo y testigo de tantos esfuerzos y victorias!

—¡Anda la *bráiga*!—exclamó Poli gritando con todas sus fuerzas. Dejó las botas en el suelo, apretóse la correa que sujetaba los calzones, echó la visera de la gorra sobre su rostro renegrido y mugriento y cayó sobre el enemigo como el mismísimo César en la batalla de Arunda.

Denueros, golpes, zancadillas, narices como remolachas, arañazos gatunos, de todo, y bien repartido, hubo en aquella jornada memorable. Poli, que llevaba su objetivo, fué sorteando obstáculos hasta llegar al riñón del combate; allí, amparado por una auralla de quince *silbantes*—lo más grandito del ejército,—estaba el feliz conquistador del trapo rojo.

«¿María santísima, qué manera de pelear en aquel sitio! ¿Cualquiera rompía el cerco defensor del sagrado emblema! ¿Y aquello era una vergüenza!» «¿Qué iba á decirse en el barrio si volvían sin estandarte?» Y... *leñe*, ¡cualquiera entraba por él!

Cualquiera, ¿eh?—Porque sois unos marjeas; ahora veréis—anillo Poli, que sentía en su alma las grandes inspiraciones precursoras de todos los grandes triunfos. Dicho y hecho. Contrajo sus músculos, se achicó cuanto pudo y, acechando con ojos de tigre los movimientos del enemigo, penetró por el primer resquicio lo mismo que un rayo.

Historiadores y cronistas del distrito de la Inclusa omiten, por imposibles de narrar, las mil peripecias de aquel duelo titánico entre el grandullón *silbante* y el *grano* Poli. Lo cierto es que átenazados fuertemente uno con otro rodaron los dos por el suelo, y que cinco minutos más tarde, cuando los guardias del orden, bien convencidos de que ya no se disparaban piedras, entraron valientemente y sable en mano á dispersar á los guerreros, Poli agitaba victorioso toda la honra de la clase, representada en aquel trapo cuyos jirones y agujeros denunciaban el tesón con que uno y otro bando lo habían defendido.

Como gorriones dispersos subían por la calle de Embajadores hasta treinta chiquillos, todos jadeantes por la tenaz persecución de los *guiris*.

Poli, el héroe de la jornada, inyectados los ojos, echando sangre por las narices, empapado en sudor y destrozados los calzones, venía entre ellos.

El *Rufo* le salió al encuentro.

—¿De dónde vienes, granuja? ¿No te dije que volvieses pronto?

Y al hablar así blandía en el aire un enorme garrote.

El muchacho, sin encontrar disculpa, tembló ante el aspecto iracundo de su padre. Entonces se acordó de las botas. ¡Las botas... que había perdido en la refriega!

No sabía qué decir, y sacó el trapo-rojo valientemente reconquistado por sus puños. Tal vez esto calmase al *Rufo*.

«¡Sí, sí! Bueno estaba el zapatero, en ayunas á las tres de la tarde, para trapitos de color!

—¿Y los tres reales?

—...

—¿Pero no has llevado las botas?

—Me encontré á los *silbantes*...

—¿Granuja! ¡Lo primero es comer!

Y el remendón, ciego de cólera, descargó un tremendo garrotazo sobre su hijo. Poli se puso blanco, vaciló un instante y cayó sobre el borde de la acera.

Han transcurrido algunos años. Poli, el *pata chula* como hoy le llaman, ha heredado de su padre el portalillo de la calle de Embajadores, donde continúa ejerciendo el oficio. Su odio á las clases privilegiadas no se ha amortiguado un momento, pero cuando quieren contar con él para *echarse á la calle*, Poli consulta con su estómago,

y como siempre lo encuentra vacío, porque el oficio da poco, «Lo primero es comer,» contesta filosóficamente.

Después, para no hacerse sospechoso á los suyos, les habla de la famosa acción en que, siendo él muchacho, salvó el estandarte que aún conserva en su guardilla, como oro en paño. Y sin perder tiempo, sube á por la reliquia arrastrando torpemente la pierna rota, que le pesa como un recuerdo perdurable de su imprudente heroísmo.

LUIS GONZÁLEZ GIL.

EL TREN GALLEGO

Se va formando el tren con gran estrépito de topes, maderámen y cadenas, entre suspiros del vapor que gime y el eco sordo del vagón que rueda. Engarza la serpiente sus anillos en las enormes tuercas para partir veloz al Noroeste, de las montañas y los valles reina. Mientras bullen y corren los viajeros cargados de maletas y se mezcla al rumor de las palabras el abrir y cerrar de portezuelas, allá arriba, hacinados en montones como en aprisco estrecho las ovejas más de quinientos hombres harapientos, con las bocas acuestas, rendidos, destrozados, asquerosos, el punto y hora del embarque esperan. Tan amplio es el andén, que en él podría cargar un escuadrón á rienda suelta. Pero para ellos no, que confundidos se amontonan, se estrujan y se aprietan, por la fila de guardias separados de todo el mundo, como masa infecta. Caen sobre ellos la burla y el insulto sin arrancarles lágrimas ni quejas, y esperan horas y horas, resignados, con los ojos clavados en la tierra. ¡Como si todavía demandaran perdón por su miseria!

Regaron con sudor, en brega ruda, las ardientes llanuras extremeñas y vienen aspeados, mustios, secos, llenos de mugre, con las caras negras, sintiendo todavía en las espaldas, cuál látigo candente, el sol que quema. Y allí están esperando que les pongan unos cuantos vagones de tercera, los viejos, los más sucios, los peores, que han de formar del tren á la cabeza, para que en caso de avería ó choque se magullen, se aplasten y perezcan, salvando á los demás, aquellas máquinas que llenaron de trigo las paneras. Y así pronto, metidos á empujones, tratados como bestias, instrumentos, personas y equipajes irán en cada coche cuantos quepan.

En su largo camino el pobre tren gallego, tren carreta, tendrá que echarse á un lado muchas veces al paso del exprés, que le desprecia, y ocultará en la vía, avergonzado, la podredumbre que en su vientre lleva, para no emponzoñar con el aliento las berlinas, salones y literas.

Rechazad, si podéis, á los obreros que demandan su puesto en vuestra mesa y salen de talleres y de fábricas para tomar coraje en las tabernas. Truene airado el cañón y brille el sable contrastando la fuerza con la fuerza, que la podrida sociedad es justo que, al ir á derramarse, se defienda. ¡Pero tened piedad, piedad tan sólo, para esa muchedumbre humilde y buena de los trabajadores de los campos que no piden, ni luchan, ni protestan, y mueren asfixiados y rendidos, con su sonrisa de dulzura eterna, por llevar un efímero consuelo al miserable hogar que los espera!

SINESIO DELGADO.

CHISMES Y CUENTOS

Invitados galantemente por nuestro amigo el doctor Castillo Piñeiro, asistimos á presenciar el acto de la colocación de la primera piedra de un edificio destinado á hospital en los Cuatro Caminos.

La fundación de este benéfico establecimiento se debe á un legado de D.^a Adela Balboa, legado que administrará el citado doctor Castillo.

Nosotros sólo podemos asegurar una cosa:

Si en el nuevo hospital tratan á los enfermos con la solicitud y esplendidez con que fuimos obsequiados los invitados... muchos van á fingir una dolencia cualquiera para que los lleven á los Cuatro Caminos.

De nada sirve á tu padre oponerse á nuestro amor: él, para impedirlo, es uno, y á querernos somos dos.

Si me dieran los millones que vale tu cuerpecito, ya podías ir diciendo que tienes un novio rico.

RAFAEL MUÑOZ.

Han sido presos los individuos de la Junta de defensa de la Corona, como ustedes saben.

Un corresponsal da cuenta de las visitas que les hacen sus paisanos y de los regalos que les envían y acaba diciendo:

«Los prisioneros se abrazan regocijados.»

Del texto del telegrama se desprende que están abrazándose constantemente, y siempre con la misma alegría.

¡Y luego dirán que á nadie le gusta que le den con la badila en los nudillos!

Pues, señor, se ha puesto de moda eso del *record* y nos están friendo á noticias los admiradores de la bicicleta.

Que han salido D. Fulano y D. Mengano.

Que ha llegado D. Zutano.

Que ha ganado la apuesta D. Perencejo.

No es que yo diga que está mal eso de andar en velocípedo siempre que se quiera.

Pero me parece que no se debía *molestar* al telégrafo por tan poca cosa.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Kodaja.—Tampoco sirve. La verdad es que casi debía usted dejarlo definitivamente.

R. G.—Dispense usted, pero se va poniendo tan pesado eso de los padres de familia...

Sr. D. C. M.—Las quintillas son bastante medianas. Tan medianas que parecen males á primera vista.

Mintar.—El asunto es demasiado vulgar para ocupar en él tantas redondillas. Y la composición resulta sosa.

El incansable.—Supongo que la frase final quiere tener miga, pero es de tal índole que, si se entiende, malo, y si no se entiende... peor.

Sr. D. L. A. P.—Huya usted, *per sacula saculorum*, del humorismo del año 20.

Pepolipi.—No puedo aprovechar ninguna. Y eso que algún anuncio de esos tiene gracia. Pero como hay que decir lo que mandan los señores anunciantes...

Constantino.—Las dos son flojitas, y la segunda, además, de mal gusto. Al verso «da ser algún día arzobispo» le sobra una sílaba.

Lolea.—Sí, señor, se ha equivocado usted. Porque ninguna de las dos vale la pena. Y de ortografía andamos muy medianamente.

Marmotin.—No está mal... para recitárselo al cadáver á quien va dedicado. Porque él no se ha de meter en filosofías.

Morcu Laricura.—La idea es graciosa, pero la forma es muy endeble. ¿No podía usted hacer el romance un poco más levantado? Con poco bastaba.

Gado Mora.—Casi todos los versos están mal medidos. Y eso es indispensable, como usted comprende.

Talmario.—La historieta celestial se queda empezada. Porque aquello no es acabar, ni redondear el asunto, ni nada. Las tres *quisiosas* son tres vulgaridades.

El diávolo.—La rima ahora está bien, pero no tiene nada de particular, porque hace usted unos consonantes muy salados. Y el asunto... no hay asunto siquiera.

Pusquera.—Sí, señor, sí; voy á publicar algo en seguida, para que usted obtenga, como dice, una *plaza* honrosa en el campo literario:

«¡Oh tú, hondina vaporosa que infiltrando el rápido vuelo...»

¡Ay! Perdona usted, me parece que vamos mal. Usted ha debido querer decir *hondro* vaporoso, y por eso ha puesto *hondina* con hache...

Diógenes.—En las nuevas tarifas de contribución industrial no figuran como consonantes *estripió* y *pretérito*. Veremos en las del año que viene.

Sr. D. M. A.—No puedo aprovechar ninguno.

Cochis.—Aquello de que *el pecho me taladre* que usted emplea en todos los párrafos en que habla de su *padre* es un ripio... ¡del tiempo de los godos!

Sr. D. A. de V.—Todo es muy vulgar. Se ha dicho en todos los tomos de poesías publicados hasta ahora y se dirá en la mayor parte de los que se publiquen en lo sucesivo.

Rasca.—¡Un soneto á la estatua de la reina Cristina! ¡Y capaz de ablandar el duro bronce! Pues... eso era lo único que nos faltaba.

Sr. D. L. S. G.—León.—Hasta la fecha no se ha cumplido su encargo.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



Buena más propicia fuera la de los soldados godos si hubieran llevado todos pantalones de Pesquera.
Magdalena, 20.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA



—Bien huele la flor de azahar, pero me ha dicho un doctor que huele mucho mejor la Colonia Palomar.
Droguería y Perfumería.
Fuencarral, 24.



—Pase amarguras crueles, pero el dolor no me mata, que á mal dar... tomar pasteles de los de La Flor y Agua.
Plaza de Colón, 2.

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES



Contra quemaduras, grietas, pecas, granitos y barros, ¡Coldcream virginal! Hay tarros á peseta y dos pesetas.
Farmacia de Torres Muñoz, San Marcos, 7, y San Bartolomé, 7.



—¡Lo que aquí se necesita para lograr nuestros fines son camisas de Martínez con cuello de pajarita!
San Sebastián, 2.



—Me dolía una muela y acudí á Tirso Pérez. Desde entonces soy otro, porque ya no me duele.
Mayor, 73.



Las baldosas especiales tienen la inmensa ventaja de que siempre están iguales, sin horro, roce ni raja.
Escofet, Fortuny y Compañía.
Alcalá, 18 (Equitativa).



—Ayer hubo un gran alboroto en la Plaza de la Cebada, frente al número 1. Era tal la aglomeración de gente que acudía á comprar las elegantes camisas del Bazar allí establecido, y tal el empeño que cada individuo demostraba por no ser el último comprador, que las disputas degeneraron en riñas, y tuvo que intervenir la autoridad, aunque tarde, como de costumbre.



Todo viajero que pasa, por los montes pirenaicos viene á admirar los mosaicos hidráulicos de esta casa.
Escofet, Fortuny y Compañía.
Alcalá, 18.



—¿Por qué están los potentados alegres y satisfechos? Porque tienen en los techos borones y artesonados.
Escofet, Fortuny y Compañía.
Alcalá, 18.



Digo, el Escorial al ver: ¡Pobre Felipe segundo, que se murió sin saber que habría luego en el mundo Cognac fino de Mogue! ¡Sobrinos de Guinea, Carretas, 27. Depósito de vinos, Arenal, 2.



—¡Denme pronto el arpa ecóica para cantar mientras viva los objetos de mayólica que he visto en La Equitativa.
Escofet, Fortuny y Compañía.
Alcalá, 18.



Entre un sombrero y un frasco de oro líquido, prefiero el sombrero, si el sombrero es de García Carraço, Carretas, 28.

Un día un pescador echó en el mar una gota de Quina Palomar, y salió de la red entre las mallas un besugo con pelo en las agallas! Fuencarral, 24.—Perfumería y Droguería.



CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOGA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Pesinular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.